

la universidad a, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras el poder

katia mandoki

Hoy, a dos décadas de la dorada y sangrienta época en la que el universitario mexicano tomó la palabra, ese optimismo, ese orgullo respecto al potencial subversivo de las universidades se ha esfumado casi por completo. Aquel romanticismo que veía en el joven un potencial revolucionario, de quien tenía la facultad casi adulta de actuar junto con la seriedad y la rebeldía del niño, es un viejo cuento que recordamos algunos junto con la nostalgia por los *beatles*. El estudiante hoy quiere su documento acreditador de sumisión lo más cómoda posible durante cuatro años a la institución y luego a ver cómo se las arregla. Se subordina dócilmente al profesor para luego subordinarse dócilmente a su jefe. No ve salida, ni la busca. Está sumergido en una fe fatalista en la que la diosa *Ananke* se hace llamar hoy El Sistema. Ser estudiante en la actualidad es haber capitulado, jugar el juego. La Universidad se convierte así en una selección previa hacia la posibilidad de obtener un puesto desde el cual se aprenda un oficio. Es un medio para encontrar un empleo simbólicamente mejor cotizado, aunque económicamente no lo sea. Y esto es lógico en nuestra sociedad donde el consumo adquiere mayor preeminencia en lo económico que la producción ya que la emulación se efectúa, sobre todo, a través del capital simbólico. No importa tanto cuanto se gana sino como se gasta. Así, el título universitario es un pequeño o gran capital de prestigio según origen social de quien lo detenta (pequeño para clases privi-

legiadas, puesto que el título es solo una coartada de un capital mucho más determinante, como es el origen de clase, y grande para las clases que, con enorme sacrificio, logran acumular la posibilidad de ese ocio de un miembro de su familia), que quizás, según el caso, pudiera posibilitar su conversión y su inversión en su equivalente a nivel laboral. Así pues, la Universidad es un aparato de inversión de un capital de tiempo-asistencia en otro capital de tiempo-asistencia, esta vez directamente remunerado en lo económico. La clave es el ocio. Es una institución cuyo análisis, en última instancia, remite necesariamente al concepto vebleniano de ocio vicario. El hecho de disponer del tiempo necesario para asistir a la Universidad, un tiempo no retribuido económicamente a corto plazo, circula en el mercado simbólico como signo imprescindible para tener la posibilidad de acceder (posibilidad, que no la garantía, insisto) a una disposición posterior de tiempo mejor cotizado en un empleo. Cotizado económica o simbólicamente, ya que, en última instancia, es éste el que en las clases medias (a quienes obviamente nos referimos cuando analizamos la Universidad de masas) es directamente convertible: lo económico se vuelve en simbólico a través del consumo, como lo simbólico se vuelve en económico a través de la producción. Esta conversión es típica, por ejemplo, en el trabajador universitario: su instrumental y capital simbólico puesto en práctica a través de la producción discursiva es lo que se trueca en salario.

Así pues, lo que está en juego en la Universidad es, con toda prioridad, el factor tiempo como factor de poder. Lo demás es secundario o efecto de éste.

Con referencia al estudiante, lo que se acredita, lo que se califica, lo que se exige y lo que involucra es únicamente su tiempo, bajo diversas coartadas, matices y tácticas. La más inmediata y obvia es, desde luego, la lista de asistencia. Hay maestros que ponen en práctica un rol con tonos más liberales y quizás no pasen lista, pero eso no los exime de evaluar, en última instancia, al tiempo puesto a su disposición por los alumnos. Hay varios significantes que producen en un curso el mismo efecto de tiempo-invertido. La entrega de fichas es una, la realización de láminas o prácticas es otra, la investigación es otra. Entre mayor sea la cantidad de tiempo representada en un trabajo, o entre mejor representada esté una gran cantidad de tiempo invertido en un curso, más se cotizará simbólicamente en el código evaluatorio. La participación en clase se cotiza más que la mera asistencia, ya que es una presencia prácticamente duplicada. La puesta en clase por el alumno de una retórica que se aproxime a la del maestro se cotiza aún más, pues representa la introyección no sólo de significados sino de significantes clave que expresan una entrega y una sumisión aún mayor del alumno a la institución representada por el profesor. Desde luego que la institución es, a su vez, representante de El Sistema como una respuesta en presencia de éste.

Lo que la Universidad controla es el tiempo, sea de los estudiantes, de los maestros, de los administrativos y de los investigadores. Una institución privilegiada en la regulación y supervisión del tiempo. Cuatro años de tiempos supervisados, apropiados por la institución en tareas más o menos vanas, acumulación de tareas para la acumulación de notas que, a su vez, se proyecten hacia la entrega de un tiempo adulto de vida a una empresa u organismo burocrático a cambio de un salario, ponen en representación esa máquina devoradora de vida que es el sistema.

*el pensamiento, la creatividad
y la crítica se dan como
milagros silvestres*

El profesor recibe ese salario como lo recibe cualquier otro trabajador. La secretaria tiene que entregar incondicionalmente su tiempo de 8:00 a 15:00. El jefe, el director, el coordinador reciben un sueldo por el tiempo institucionalmente necesario (que no económicamente necesario) para realizar ciertas funciones; un tiempo de disponibilidad —así sea para el simulacro— en favor de la institución.

El profesor tiene definido siempre un tiempo de sumisión a la Universidad, aunque los contenidos de los paquetes de información que deba transmitirle al alumno permanezcan algo vagos. Si elaborar programas curriculares es un problema constante y eternamente pospuesto en la mayoría de las carreras o departamentos, y la institución sigue funcionando prácticamente sin trabas, es porque, la verdad, esos programas no importan tanto. Son una coartada para lo que realmente le interesa a la Universidad: el tiempo. Por eso, en contraste con la currícula, el tiempo si es preciso y puntualmente definido. Tantas horas dedicadas a tal materia y tantas a tal otra. El maestro deberá encontrarse en el aula con sus alumnos a las horas estipuladas. Qué hacer y cómo llenar esos tiempos ya es problema

del docente, quien al administrar y ser administrado en tiempos, deber ser capaz sobretodo de mantener exitosamente el simulacro de la enseñanza frente a sus alumnos. Enseñanza que, como hemos dicho, no es otra cosa que una táctica de fiscalización del tiempo.

Es el investigador el que, aparentemente, está al margen de tal regulación. Aparentemente. No tiene horarios establecidos para su trabajo, y si tiene suerte, tampoco lugares establecidos. Puede ir y venir a su antojo, dejar de trabajar por semanas o meses, improvisar escritos, ocupar su tiempo como mejor le plazca: ser dueño de su vida. Sin embargo, esta libertad es sólo aparente. Se le convoca a juntas departamentales, a coloquios, seminarios; sólo para tenerlo ahí, con la rienda suelta, pero con la rienda al fin. Se le exigen reportes de investigación donde conste, a miradas más penetrantes que las que sólo registran un trasero ocupando una silla, que en efecto ese fulano invirtió un tiempo aceptable para la institución. Las citas y el volumen de la bibliografía en una investigación tienen como referente necesario el tiempo requerido en su apropiación. Más sutil que checar tarjeta, desde luego, pero coherente con el mismo orden de reglas de una institución registradora, verificadora y controladora del tiempo.

Es siempre el tiempo lo que vale en nuestro sistema, pero el tiempo administrado de una cierta y particular forma, perfectamente codificada para cada clase y nivel social. El sistema es una organización del tiempo y, como tal, una organización de las vidas que son la fuente y origen de producción del tiempo.

El aspecto económico de la Universidad radica más en su fiscalización del tiempo que en la preparación de profesionales para su inserción en la economía de un país. En universidades de masas como las de México, esa organización del tiempo es muy precaria, ya que se atiende más a las cuestiones formales que a las de contenido. Al profesor le interesan más los horarios, las láminas hechas a mano



con tinta china y todo detalle, la amplitud bibliográfica de una investigación, un amplio margen de encuestas y entrevistas donde se vea que el alumno se tardó mucho en realizar su tarea. Es toda una estética del tiempo en el sentido en que se haga directamente perceptible su inversión. Hay que leer un sinnúmero de textos y separatas, hacer reportes, ilustraciones; la cuestión es que se vea.

Sin embargo, la forma de garantizar la apropiación del saber y su aplicación por parte del estudiante y, sobretodo, de desarrollar su capacidad de aprendizaje y producción de conocimientos, está descuidada por la institución universitaria, si es que no francamente ignorada. ¿Por qué? Si supuestamente la Universidad es un aparato dedicado a la producción del saber, ¿por qué no se interesa por investigar, desarrollar, captar, garantizar los medios para esta producción, no sólo en los alumnos, sino en los profesores? No me refiero a la superproducción de papeles escritos que genera la Universidad; eso sólo es, como mencionamos antes, una estética del tiempo. Hay una hiperinflación de textos que nadie lee, y que, en última instancia, ni siquiera justifica el deterioro ecológico consecuente, ya que esos papeles no llegan ni a reciclarse. Me refiero al contenido de esos textos, que la mayoría de las veces son repeticiones de lo ya escrito sin reelaboración o reinterpretación, cuando no meros plagios. El alumno tanto como algunos investigadores se limitan a repetir lo ya dicho, lo ya escrito, pero pauperizado en esa enorme fabricación de discursos inútiles. Mientras tanto, el pensamiento, la creatividad y la facultad crítica se dan como milagros silvestres en una caldera industrial.



Queda claro, desde esta perspectiva, que la institución universitaria no tiene como prioridad real la producción de conocimientos y el desarrollo de la facultad mental. De ser así, el énfasis de control recaería sobre la calidad y profundidad en el aprendizaje, más que en la cantidad de tiempo invertido en las tareas y en la enseñanza. Poca atención se le presta al cómo enfrenta el alumno o el investigador a su objeto de conocimiento. Ese "cómo" no es tanto una cuestión metodológica ya que ésta también puede ser utilizada estéticamente en el sentido que hemos utilizado aquí, es decir, como la puesta en percepción de tiempo invertido. Es un "cómo" que, más que metodológico, es lúdico: cómo se ha enfrentado al objeto, cómo se ha jugado con él, desde cuántas y cuáles perspectivas se le ha enfocado, que se ha podido obtener de él, cuál es su potencial, su fertilidad conceptual y práctica, cuál la pertinencia social de tratarlo a corto y a largo plazo. Este, me parece, sería el interés fundamental de una institución que se establece como función el aprendizaje y la producción de conocimientos, la docencia y la investigación, por no decir el servicio a la comunidad. Si no es así en la práctica, cabe con buenas bases sospechar que eso del conocimiento no es más que una fachada, o una coartada que oculta una función política, más que ideológica, de fiscalización del tiempo. Y es política porque lo que en esa inspección está en juego es el poder sobre los tiempos o vidas de los individuos.

Aquí no se pone en cuestión que la Universidad sea una institución dedicada a la enseñanza. Desde luego que es así: la Universidad enseña. Pero que sea una institución dedicada al aprendizaje, eso ya es otro asunto

muy diferente, como hemos visto. Pero, ¿qué es lo que enseña la Universidad? Enseña una retórica a través de la puesta en discurso de un tiempo invertido por el profesor. Enseña una técnica a través de una puesta en artefactos de un tiempo invertido en producirlos. Enseña una gestualidad a través de una puesta en escena de un tiempo invertido en interiorizar y manejar un rol. Si enseñar es mostrar, hacer perceptible, entonces la Universidad se avoca a la estetización del tiempo. Una estetización que es, a todas luces, política en la medida en que controla y vigila vidas. Es un poder, no de transformación, ni de reproducción ideológica sino de absorción de vitalidades, de consumo de tiempos de cierta manera y cantidad, que no es tanto homólogo al sistema — puesto que para que exista homología debiese haber una relación de exterioridad— como un lugar particular de éste, con las mismas características y sin autonomía de ningún tipo.

Negar la autonomía de la institución universitaria en un país como México, que tanto se ha jactado de ella, seguramente escandalizará a más de uno de sus paladines. ¿De qué autonomía se habla cuando la Universidad mantiene los mismos patrones de relación política que cualquier otra institución o aparato social? Su estructura jerárquica es igual a la de un aparato de Estado o empresarial. Es, asimismo, un dispositivo consumidor y controlador de tiempos a cambio de un salario. Tanto alumnos, administrativos y docentes universitarios reciben números a cambio de su tiempo, sea en cheques o en créditos académicos. La subordinación es un criterio prioritario para la aceptación y mantenimiento de miembros en su seno. La vigilancia es equivalente a la de una oficina o fábrica. Los criterios de éxito o fracaso son los mismo en una empresa que en una universidad; a pesar de que aquella tiene mayor control sobre los resultados materiales del trabajo, cuentan las facultades carismáticas, el buen manejo de rol, la retórica de los productos tanto en uno como en otro caso. Se supone que la

Universidad es autónoma porque ni el Estado ni la iniciativa privada le dictan orientaciones o contenidos. Pero esa suposición es perversamente ingenua siendo que la Universidad no es exterior a un sistema de economía política, que desde luego esos esfuerzos por vincular la institución a la realidad social del país resultan irrisorios —no por su fracaso, sino porque suponen una exterioridad que es imposible para luego ver como lograr la relación—. No se puede vincular algo que está inmerso de principio, que es la realidad social. Más bien habría que hacer lo contrario, o cuestionarse

¿qué es lo que enseña la universidad?

en qué medida sería posible desvincular la Universidad de la realidad social para lograr una pequeña distancia crítica. Partiendo de lo elemental en cuanto a que la Universidad prepara candidatos para el mercado de trabajo, sea burocrático o industrial en todas sus combinaciones, ésta no puede ser autónoma. Siendo que es un eslabón necesario en la cadena familia-escuela-trabajo, la Universidad no puede ser autónoma como no es neutral la ciencia ni apolítico el arte.

Nociones de autonomía relativa tan socorrida por marxistas, althusserianos y bourdieuistas son, a estas alturas, nada inocentes: confunden la morfología por la autonomía. Una cosa es que ciertos mecanismos adquieran una forma particular al interior de un aparato legitimador y otra forma en otro (como la forma-crédito académico en el estudiante y la forma-salario en el trabajador) y otra muy distinta es que el estudiante esté en un dispositivo autónomo de la empresa o el gobierno. Una cosa es la forma particular que toma una mercancía en el aparato del arte y la forma de los discursos legitimadores o publicitarios de ésta a través de la crítica de arte, y otra la forma que toma una mercancía en el supermercado y la forma de la

*las universidades mexicanas
han sido caracterizadas como
universidades de masas*

publicidad que se produce en función de ésta. Pero el arte no es autónomo del mercado; tampoco el mercado de arte es homólogo al de los desodorantes. Ambos funcionan en una misma realidad social, un mismo sistema de economía política, con las mismas reglas; el mecanismo de distinción social es el mismo con una diferencia formal y no de fondo.

Las universidades mexicanas han sido caracterizadas como Universidad de masas. A la par de la masa estudiantil, hay masas de burócratas y de profesores laborando en ellas. Esta masificación en la preparación de profesionales exigiría mecanismos que puedan funcionar en términos de la producción en serie y un alto grado cuantitativo como es la industrialización. Por ello, siempre se ha parecido increíblemente primitiva la técnica de enseñanza universitaria. Cada maestro se apropia de un grupo como de un montón de barro y modela artesanalmente los conocimientos de sus alumnos apuntando remotamente a un fin, a una forma, que las más de las veces resulta algo indeterminada. El sello y estilo personal del maestro se imprimen en conocimientos que debiesen ser impersonales y objetivos, como lo enarbola la ideología científica, en esa transmisión de paquetes de información estandarizados. Hay una contradicción de base entre la supuesta objetividad, de ciertos conocimientos a transmitir y la forma en que tal transmisión se ejerce, además de un enorme despilfarro de recursos humanos, técnicos y económicos. Que cada maestro debe estar presente una cantidad equis de tiempo en las aulas en vez de diseñar programas didácticos por video y computadora que sustituyeran en gran medida sus horas-hombre de modo que el alumno siguiera un programa establecido y uniforme, desgarrar el disfraz de la Universidad como institución pedagógica y la

muestra en toda su desnudez política. En *La reproducción*, Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron destapan algunos de los mecanismos de poder practicados en la Universidad, pero se olvidan de aquellos entre los cuales queda sometido también el maestro. El tronco común es un ejemplo patético de esta parodia de estandarización y eficientismo: varios maestros imparten la misma cátedra simultáneamente, de modo tal que la prioridad fundamental en las necesidades de docencia del TID esta determinada por los múltiples de 30 que existan en el ingreso estudiantil. Es una consideración meramente cuantitativa y política: es suficiente un maestro que controle y entretenga a 30 alumnos durante un trimestre para producir el simulacro de enseñanza universitaria a este nivel. No existe, sin embargo, prácticamente un epistemólogo o filósofo de la ciencia en la planta docente siendo que este es precisamente el tipo de información a impartirse en este módulo. Tendremos entonces a diseñadores gráficos, dentistas y veterinarios esforzándose por explicar a Copérnico y a Galileo. Con paquetes bibliográficos que incluyan preguntas, recursos audiovisuales y computacionales, el maestro "nana" (sofocado por ejemplos de la física cuántica) saldría sobrando. Ya no tendría que estar ahí para registrar asistencias como la suya propia y la de sus alumnos, vigilante y vigilado en tanto a la sumisión a la institución, sumisión de tiempos, pedazos de vida. Si de lo que se trata no es de una entrega de vida a la Universidad sino de la adquisición de conocimientos, la computadora podría hacerlo mucho mejor que él, con programas que evalúen y entreguen certificaciones automáticamente y con mayor precisión, pues han seguido al alumno en forma individual y su evaluación sería más objetiva, sus contenidos más homogéneos.

Es quizá por ello que la producción de material didáctico más sofisticado en la Universidad es mínima: el docente teme desencadenar un proceso que termine por desplazarlo en cierta medida, así como al administrativo, y

se presenta dócilmente a cumplir con los horarios de vigilancia asignados.

No hay mecanismos a través de los cuales la institución universitaria pudiese investigar, comprobar, garantizar la asimilación y aplicación de conocimientos base por el alumno. El grado de indeterminación en su preparación es muy elevado, puesto que la libertad de cátedra opera como coartada para la parcialidad en la selección de contenidos según aptitudes particulares y estados de ánimo del maestro.

La pesadilla tecnocrática y eficientista de la Universidad que aquí parece delinearse supondría un contacto aislado del alumno con un programa, paso por paso, que lo llevase de la biblioteca a las salas de proyección, a las de computación, a los talleres y así sucesivamente reduciendo enormemente su contacto con maestros y compañeros. Es un cara a cara con la computadora al final del cual ésta le extendería o no un documento acreditado. El maestro estaría a su vez contratado por una especialidad particular diseñando y actualizando los programas, la bibliografía, los materiales audiovisuales. El único contacto con los alumnos sería indirecto a través de una retroalimentación estadística de los resultados de los alumnos, pero más que nada sería un investigador y diseñador de programas en la soledad de su cubículo o de su equipo humano y técnico.

Esta visión resulta algo escalofriante, y desde luego nada remota. Recuerda los videojuegos que quizás ya están entrenando al futuro universitario para el sistema aquí esbozado. Es por ello que este es el momento de mirar de frente a lo que se perfila como la industrialización de la enseñanza universitaria y tomar posición, ya sea para obstaculizar un proceso que parece inminente, para desviarlo o para favorecerlo.



*no nos atrevemos a ver
abiertamente hacia el futuro*

No cabe duda de que la enseñanza universitaria, tal como se practica actualmente, es romántica, humana, torpe, erótica, milagrosa e ineficiente. Romántica en cuanto a que el alumno se puede sentir intimado por el maestro, pero de algún modo lo siente como guía y protector; el maestro le va a enseñar. Es humana porque hay relaciones directas entre alumnos, y entre estos y el maestro y estos entre sí. Es torpe porque hay maestros y alumnos que deben cumplir programas para los que no están capacitados, y ni siquiera llegan a enterarse; la selección es pobre y la orientación vocacional esta en pañales, además de penetrada hasta la médula por una economía que jerarquiza arbitrariamente unas profesiones sobre otras. Es erótica porque enciende ánimos, pasiones, odios, amores, admiraciones, envidias, decepciones. Es milagrosa porque, a pesar de todo, logra producir de vez en vez profesionales realmente brillantes. Su ineficiencia es obvia si consideramos el nivel de la mayoría de los egresados.

Lo que aquí estaría en debate es la concesión del área de educación a las ciencias exactas, como una especie de ingeniería del conocimiento que diseñara los mecanismos más eficientes para la producción de profesionales o bien, por otra parte, la continuidad de su control por las ciencias humanas. Lo que resultaría aterrador en esa conversión es la supuesta neutralidad ética de las ciencias duras que pudiese cancelar todo debate sobre las consecuencias sociales y políticas de ciertas orientaciones en las prácticas profesionales. No que el humanismo de la educación lo garantice, pero aparentemente lo permite. Quizás en la ingeniería de la enseñanza se pondría a cálculo el bienestar consecuente de la sociedad a través de ciertas orientaciones, pero ¿qué criterios definirían tal bienestar sin caer en el fascismo? A estas alturas,

esos mitos del progreso y la emancipación social están demasiado corroidos como para entregarnos ingenuamente a otros.

Es ahí donde se perfila el peligro de la industrialización de la enseñanza universitaria, así como su inminencia: en la centralización de la educación con un grado mayor de control social de una minoría sobre las mayorías. No he leído nada sobre esta ingeniería del conocimiento, pero me niego a creer que no se esté ya trabajando en ella. Puedo argumentar que mi aislamiento intelectual me ha mantenido ignorante respecto a enfoques ya planteados sobre este tema. Pero —plantado o no anteriormente— es un asunto que debe salir a la luz en la comunidad universitaria y discutirse exhaustivamente. Por ello me sorprende no haber asistido hasta ahora a reunión, seminario, pasillo o conferencia que ponga sobre la mesa una cuestión en la que nos jugamos la existencia misma como profesores universitarios en esta era de la informática y la cibernética. Hemos adoptado, consciente o inconscientemente, la actitud del avestruz ante un hecho que revolucionaría de raíz a todo el aparato universitario.

Nos hemos acurrucado en el *Alma Mater*, herederos incuestionables de Pitágoras y Sócrates, de los maestros medievales y los catedráticos de Oxford y Harvard, y aunque venidos a menos, nos sentimos protegidos por una institución milenaria, eterna. Desviamos la vista del hecho que una Universidad de masas no es la academia de Platón ni el banquete de Agatón, ni un monasterio o taller de aprendices; tampoco un centro de exclusión y producción de cuadros dominantes. Es, simple y llanamente, una fábrica para la producción en serie de profesionales, para la producción en serie de bienes de consumo. Esto es casi una tautología, pues los profesionales son, a su vez, bienes de consumo para quien los emplea.

Hémos, pues, saboreando nuestro prestigio de ser profesores universitarios, representándonos en la imagina-

ción nuestro papel cortado con patrones totalmente ajenos a la realidad, y luchando por legitimar nuestro capital simbólico de conocimientos por encima del capital económico de quienes llamamos la élite en el poder. Proyectamos al futuro (o creemos hacerlo) la práctica en nuestros alumnos pero, como el dios Jano, proyectamos al pasado la nuestra. Quizás porque sospechamos el deterioro creciente de nuestro poder y de nuestro papel en la sociedad de mañana, no nos atrevemos a ver abiertamente hacia el futuro.

Si el mito del progreso siguiese pujante, la industrialización y la ciberización de la enseñanza serán inminentes. Pero si las críticas a la modernidad y al racionalismo eficientista fecundan en una nueva axiología, entonces la Universidad variará también, pero en otra dirección.

La Universidad actual parece estar a medias entre una ideología eficientista y una necesidad humana que se niega a funcionar óptimamente: una especie de resistencia pasiva que obedece quizás a una intuición remota, borrosa, de que hay valores legitimados muy cuestionables. Algo así como la negación a la servilidad, a la utilidad, según la cual Bataille explica los sacrificios aztecas en *La parte maldita*. Trascender, ser un objeto de uso a través de la torpeza y la terquedad por una fe en la dignidad humana más allá de su servicio.

La revolución cibernética esta tocando ya a las puertas de la Universidad. Podemos hacernos los sordos —como lo hemos estado haciendo— pero conviene afrontar esa llamada antes de la invasión de las computadoras. En última instancia el profesor no es más que un trabajador manual de la información; le toca verse ahora desplazado por la máquina como el artesano en la revolución industrial. Está obligado ahora a comprender y reivindicar su papel en la educación —si pudiese— fuera de los esquemas ensoñadores y románticos de toga y birrete. Su función está en una Universidad de masas y no en una institución aristocrática.

La ingeniería educacional será un hecho a mediano plazo. La cantidad de información que deberá ser capaz de manejar el estudiante para tener competencia, no sólo a nivel nacional sino internacional, obliga a una racionalización de los métodos educativos. Los paquetes informacionales y evaluatorios automatizados serán de tal modo necesarios que la universidad del mañana exigirá entre su equipo docente una capacidad de programar computadoras como requisito indispensable. Un maestro capacitado podría hacerse cargo de lo que actualmente realizan varias decenas a través de una programación de la información que deberá adquirir el alumno.

una universidad crítica y comprometida con la realidad

Ante este panorama, cabe imaginarse una universidad fantasma, silenciosa, de aulas vacías y un movimiento de estudiantes como ratas en un laberinto. Es entonces cuando entra verdaderamente en cuestión la labor del profesor universitario. ¿Es acaso un programador, un informador, un vigilante? Si es así, su papel puede ser desempeñado mucho mejor por la computadora. Aquí empieza la utopía: el profesor universitario sería el propulsor de un proceso lúdico, político, crítico, sintético y ético. La ingeniería pedagógica se ocuparía de proveer la información y garantizar su asimilación. Pero el profesor produciría una situación en que, un poco a la manera de la pintura cubista, se revisara esa información, se la desmontara, se la reacomodara críticamente en un juego de variación de perspectivas. A través de la discusión colectiva, se sintetizaría la información en un juego de inteligencia que relacionaría y transformaría elementos no dados en la información. Es evidente que el juego, la crítica y la transformación de conocimientos se producen a través de la mayéutica y la polémica generada en un grupo, y que esta labor es

insustituible por la computadora. Más aún, la labor de la Universidad en general y del profesor en particular vendría a ser en esta situación una práctica eminentemente ética, desde la cual se desprenderían consecuencias políticas.

El trabajo de grupo consistiría entonces en revisar las consecuencias éticas, y por tanto políticas, de la información proporcionada en los programas, así como su aplicación social. Una vez informados sobre, por ejemplo, el desarrollo de la ciencia, de la filosofía, o cualquier tema relativo a las prácticas profesionales, el grupo discutiría esas prácticas y ese desarrollo en términos de sus consecuencias éticas, políticas y sociales. La asimilación de información puede ser relativamente indiscriminada y éticamente neutra. Por ello es necesaria la labor crítica y sintética realizada en un grupo guiado por el maestro. Es entonces que, al lado de la ingeniería pedagógica ocupada en programar y actualizar información para la preparación de profesionales, sería necesario producir cuadros de profesores no como emisores de información sino como analistas, críticos, jugadores de conceptos, subversores de ideas preconcebidas, provocadores de rupturas epistemológicas, maestros de la síntesis y, sobre todo, agentes sociales comprometidos éticamente con la lucidez necesaria que niega la neutralidad del conocimiento.

No es cuestión sólo de aprender arquitectura o veterinaria, puesto que la orientación que se le da a estas prácticas redundaría la mayoría de las veces en un mecanismo de distinción social: el arquitecto aprende el lenguaje de diferenciación social y producción de poder estatutario o a través de estéticas objetuales como edificios y casas habitación, y de este modo reproduce un sistema de economía política desde el manejo de códigos y sintaxis de un capital simbólico (a este respecto, ver mi *Estética y poder*, próxima publicación por la UAM). La gran cantidad de veterinarios, labor casi incuestionable desde el punto de vista ético por la obviedad de su



aplicación, que se dedican a curar y peluquear perritos en contraste a aquellos que dedican su práctica al ganado y mejoramiento de la economía alimentaria es digna de investigarse y cuestionarse. En otras palabras, ¿cuántos veterinarios circunscriben sus conocimientos a la reproducción de signos de estratificación social como el perrito o el caballo?

No cuestiono el derecho de dirigir una práctica en un sentido social u otro. Lo que aquí está en cuestión es la negligencia generalizada por parte del sistema universitario en cuestionar la reproducción casi automática del *status quo*, en dedicar el tiempo que merece a la búsqueda de alternativas, en proporcionar al estudiante una visión global de su práctica y su relación con otras. Muchos colegas considerarán esta acusación injusta: la Universidad, a su modo de ver, está comprometida con la realidad y la cuestiona; desde la Universidad se han generado movimientos críticos y emancipatorios, prácticas alternativas y transformación de conocimientos. Sí; pero a costa de un rigor en la asimilación de conocimientos. Prueba de ello ha sido la derrota de los movimientos estudiantiles y el rechazo de numerosas comunidades a la intervención de la Universidad en sus asuntos.

Me parece que la labor del profesor universitario es una práctica privilegiada desde el punto de vista de su potencial de transformación. El maestro tiene una credibilidad ante sus alumnos muchas veces desproporcionada a la solidez y profundidad de sus conocimientos. Las más de las veces, el profesor es seleccionado en términos ya sea de su capacidad retórica o de su título; no en cuanto a su capacidad creativa, didáctica o crítica. Si el profesor universitario no quiere ser desplazado por la ingeniería pedagógica, deberá entonces transformar la

concepción de su práctica y producir aptitudes como las mencionadas. Es entonces que la Universidad será una institución política y ética por excelencia, como lo es ahora, pero en otra dirección. Ya no, como sucede actualmente, un sistema de control de tiempos que alumnos y maestros deben entregarle, ya sea como asistencia, reportes, horarios. No una guardería de adolescentes para alejarlos de drogas, bandas, militancias políticas de oposición. No un mecanismo del estudiante y dominación del maestro, de servilidad ante las autoridades burocráticas e intelectuales. Si es esto lo que define a la Universidad como institución política actualmente, la proyección que aquí delineamos en el juego de poderes es totalmente distinta. Además de la acumulación y reservas de información que puede proveer la Universidad, estaría el balance y establecimiento de prioridades que hoy está en manos de la iniciativa privada y normada, evidentemente, por criterios lucrativos a corto y mediano plazo.

La Universidad tiene, además, el privilegio de conjuntar en su seno un número importante de profesiones que conforman la economía de un país, pero carece de todo poder para formular e implementar estrategias de producción que obedezcan a prioridades para el mejoramiento de la calidad de vida que no sean serviles a los intereses mercenarios de las grandes empresas y grupos burocráticos.

Pero este poder no será nunca envuelto para regalo y entregado a ella por los grupos dominantes. Es una lucha que puede y debe librarse justamente ahora, en este momento de crisis de las nociones de racionalidad y progreso que ingenuamente dejaban todo en manos de una tecnología autolegitimadora. La ciencia por la ciencia, como el arte por el arte o el conocimiento por el conocimiento, en-

cubren un trasfondo político que involuntariamente se muestra cada vez más. Si hablamos de dominio de la naturaleza como prioridad de la ciencia, debemos entender al hombre como parte de esa naturaleza que se pretende dominar, y por tanto, del dominio del hombre por otro hombre. Por ello se insiste en la función política de la Universidad que regule y comprenda a la tecnología y al conocimiento, en vez de ponerse a su servicio. Después de tantos milenios y, particularmente, después de una revolución industrial, electrónica y cibernética que, en vez de aliviar el trabajo del hombre—su supuesto fin ya indiscernible entre las espesas capas de polución y producción— lo han complicado deteriorando su calidad de vida en lo ético, en lo estético, en lo comunitario, en lo laboral, no queda creer ingenuamente en ese dios tecnológico que se reproduce sólo. Queda, por el contrario, dominar a ese dios, creado por el hombre como un golem, en vez de dominar al hombre. No es cuestión de dominar a la naturaleza sino al artificio que parece apoderarse de todo. Y estas no son tareas de un partido, o de un grupo de poder estatal, o de las empresas privadas. ¿A quién le toca enfrentar, cuestionar, analizar estos problemas con una prioridad ético-política sobre cierta versión particular de prioridades económicas para beneficio exclusivo de un sector social sobre las grandes mayorías? ¿Quién tiene las posibilidades de compromiso ético con consideraciones a mayor plazo y con una amplitud de miras más extensa sino la Universidad?

Así, entre el boceto de una universidad monstruosa, totalmente tecnificada, y el cuento de hadas de una universidad ético-política con poder de decisión y programación social tenemos que construir una versión realista y viable que incluya ambos géneros de la práctica universitaria. Así como es necesaria una puesta al día tecnológica en los medios didácticos de transmitir y evaluar información, es imprescindible una toma de poder por la Universidad de decisiones que

la conciernen en tanto institución productora de conocimientos y de profesionales, modeladora de la sociedad en campos del ejercicio económico y político que definen el rumbo y la configuración de lo social. La práctica universitaria hasta hoy adivina, pero no cree del todo en su potencial de transformación y conformación de la sociedad. Ese escepticismo se trueca automáticamente en colaboración con el *status quo*. La sensación de no poder cambiar a un sistema dominado por ciertos intereses políticos y económicos nos lleva a la adaptación con mayor o menor sentimiento de culpa. Pero esa sensación proviene de intentos de transformación tan esquemáticos, superficiales y poco

modeladora de la sociedad en los campos del ejercicio político y económico

creativos, como las supuestas prácticas alternativas o el supuesto compromiso con clases marginadas al diseñar bienes dedicados a ellos (viviendas, medicina, productos de consumo) que cargan la etiqueta a grandes letras de **para marginados** a modo que el paria tenga otro signo de distinción respecto a los que están por encima de él. Distinción en el sentido de hacerlos distintos, inferiores en este caso.

La impotencia ante la transformación que parece ahogar actualmente a una institución como la UAM-X después de su sueño marxista, es producto más de la timidez de ese intento que de una impotencia real. En este caso no es posible una transformación a medias, encubierta y soslayada, sino una toma frontal de poder. Lamentablemente, hasta ahora casi todas las movilizaciones universitarias han tenido fines meramente salariales. A excepción del movimiento del 68, cuando han sido políticas, no han rebasado de modestos paros de apoyo simbólico, las más de las veces a movimientos también predominantemente salariales. Sin embargo, la Uni-



versidad podría generar estrategias políticas a través de las cuales producir y transformar su poder sin recurrir a la típica huelga. Es increíble que la Universidad siga creyendo en su autonomía cuando ni siquiera se ha planteado tácticas de subversión y transformación de situaciones que exhaustivamente ha sometido a la crítica en la teoría. Esta reflexión pretende, por lo contrario, iniciar una reflexión hacia estrategias de cambio que efectivamente puedan generarse desde la Universidad como aparato político una vez que reconozca e identifique su poder de transformación. Quizás inconscientemente se practique ya la táctica de producir profesionales lo más mediocres posible para boicotear de algún modo la reproducción del sistema establecido. Pero esta táctica sigue colaborando con el sistema, aunque con más torpeza de lo que este podría desear. Quizás tal torpeza pudiese, a la larga, ser deseable incluso por el sistema en el sentido en que define y selecciona mejor, a los cuadros dominantes egresados de universidades privadas.

En cuanto a las estrategias, me refiero específicamente a los medios de producir una oferta de profesionales que transforme las condiciones de trabajo, y no, como sucede actualmente, la producción de una oferta de trabajo en función aproximada a la demanda dominada por las empresas y el Estado en el supuesto mercado libre.

Parece prioritario investigar el potencial de transformación social de la Universidad por encima de la reproducción de conocimientos apuntados en las direcciones y establecidas por el sistema. ¿Por qué no es la Universidad sujeto y objeto de su producción de conocimientos en primera instancia? La respuesta es su falta de auto-

nomía. La Universidad no puede ser objeto de conocimiento en las investigaciones universitarias dirigidas a una concepción antinómica entre Estado y Universidad. Si esas investigaciones existiesen actualmente, sería en un grado tan bajo que carecerían de una incidencia notable en la realidad social. ¿A qué se debe que una clase social específica, que además labora en un espacio determinado que le permite cierto margen de interacción concentrada, no se reconozca como tal y no despierte del letargo de la ideología nacionalista en la que la hipnotiza el Estado? ¿Cómo es posible que el profesor universitario se defina como profesional de un cierto campo o como mexicano en general, y no como universitario más allá de su imagen romantizada de toga y birrete o de una especie de masoquismo salarial? ¿Por qué no puede comprender a su práctica universitaria como una práctica política independiente de consignas partidistas que al fin y al cabo no son más que versiones del Estado? ¿No es el profesor universitario una clase social específica y como tal un frente diferenciado del Estado y la iniciativa privada en su lucha por el poder de decisión y transformación?

Se plantea, pues, la Universidad como un espacio social diferenciado con intereses propios, más que un conjunto heterogéneo de apáticos y militantes de diversos partidos sin nada en común más que una fuente de trabajo. La Universidad en tanto industria productora de prácticas específicas, genera una clase intelectual que pretende ubicarse en cierto lugar jerarquizado en la distribución del ingreso. Además de ello, produce una clase políticamente subordinada al servicio de los poderes establecidos. Es una clase intermediaria utilizada como control de las mayorías por las minorías que deciden. Cree ser dirigente al tragarse la píldora de una supuesta tecnocracia cuando en realidad colabora en la perpetuación de una oligarquía. Incluso reniega de la tecnocracia cuando interpreta al Estado como un aparato dirigido por téc-

la universidad: espacio social diferente

nicos porque sólo reconoce a su propia imagen en los intermediarios ante las élites y las mayorías. pero la tecnocracia real sería una toma del poder de decisión por los universitarios y no su servilidad al aparato estatal. Esta ingenuidad de una universidad autónoma y subvencionada a la vez será desencantada en el momento en que se asuma como institución económica y política capaz de producir fuentes de trabajo desde un tercer frente ético-tecnológico diferenciado. Así, por ejemplo, contra una organización política del campesinado controlada por los partidos y empresas, la Universidad competiría con una organización técnica y económica eficiente sustentada por investigaciones que contemplen a la producción agraria en un contexto interdisciplinario que supereditara la inversión de excedentes en un campo a otro.

Quizás no tarde en llegar el momento en que la Universidad abandone la adolescencia, reconozca su poder y produzca, al fin, una autonomía que no sea sólo cuestión nominal sino política. Entre Estado o Sistema Económico y Universidad no debe haber necesariamente una convivencia pacífica. De hecho, esta aparente convivencia disfraza una sumisión de la Universidad a los intereses del sistema y su escasa capacidad de creación política. ¿Podría esperarse una despuerilización de la Universidad en la que se reconozca una madurez política y epistemológica capaz de hacerse cargo de ciertas áreas de la práctica social en un sentido más que técnico, es decir, ético-político? De no hacerlo, pasara de institución política subordinada o la inspectora de tiempos que es actualmente a la ingeniería pedagógica indiscriminada: en pocas palabras, a una universidad monstruosa cuya eficiencia tecnológica ahogara completamente cualquier proyección ética y toda iniciativa democrática en una centralización y ho-



mogeneización de la producción de profesionales.

En breve, la universidad adolescente —hecha en función adolescentes mantenidos por el padre como la institución es mantenida por el Gobierno— entrará a la edad adulta cuando obtenga una autonomía real, económica y política, y no sólo de apodo. Al hijo se le puede decir mil veces que es independiente, que puede estudiar lo que quiera, siempre y cuando al terminar sus estudios ingrese a la empresa del padre. Para lograr esa autonomía, lo primero es abrirse camino fuera de los negocios de familia, desterritorializarse, como dirían Deleuze y Guatari. Y esto, sólo con una suficiencia económica. La Universidad entonces no sería solo una institución circunscrita a la producción de oferta de profesionales (que serán absorbidos por el Estado y la iniciativa privada para su beneficio exclusivo) sino también generadora de fuentes de trabajo competentes. Los recursos con que cuenta actualmente la Universidad —técnicos, humanos, económicos— tendrían que ser racionalizados en función de una disminución de tiempo, de docencia y un incremento en la eficiencia de habilitación a través de la ingeniería pedagógica. De este modo se liberarían recursos humanos que se enlistarían en la producción directa desde la Universidad y más que hacer ejercicios profesionales ficticios con los alumnos, estos suministrarían un trabajo efectivo. Más que inventarse investigaciones trimestrales inútiles, antologías repe-

titivas, trabajos intelectuales forzados en profesores con mayor capacidad práctica que teórica, estos recursos invertidos en espacios de producción real serían mucho más efectivos. Ya no es cuestión de vincularse con la realidad social, preocupación de adolescente que no encuentra su identidad por no encontrar tampoco su poder de transformación, sino de producir la realidad desde una perspectiva universitaria. Tendríamos entonces una institución constituida por profesionales directamente productivos al interior del aparato universitario, investigadores y críticos de alternativas en la organización de la producción con una preparación ética y epistemológica, así como política, altamente especializada y finalmente técnicos y programadores de la enseñanza. Como el aprendiz del renacimiento, el estudiante entraría parcial pero efectivamente al terreno de la producción real lo que implicaría su confrontación con los efectos sociales de su práctica.

La autosuficiencia económica de la Universidad es el primer paso, necesario si no suficiente, para la autonomía universitaria y su capacidad transformadora a mayor escala. Para muchos resultará obvio que tal autosuficiencia impondría a la Universidad preocupaciones tan apremiantes que relegaría la docencia y la investigación a necesidades de producción inmediatas. Este juicio sería obvio y justificado al visualizar la autosuficiencia en términos de la producción dominante. Pero lo que estaría en

cuestión es precisamente la práctica dominante de producción, de los criterios de utilidad y de eficiencia, del trabajo y el consumo necesarios. Estarían en cuestión tanto el tipo de productos como su cantidad, los sobreentendidos en la jerarquición de los salarios y su distribución. Lo que estaría en juego en última instancia sería un modelo de producción y no sólo, como sucede en la actualidad, la inserción de productos humanos y materiales en un modo de producción establecido. No es tiempo de manifestos y demagogias sino de proyectos piloto que efectivamente pongan en práctica a niveles micro-económicos estructuras nuevas. Sabemos que no todo lo que se produce es útil ni beneficioso para la comunidad. Sabemos que el tiempo de trabajo el tipo de trabajo y sus condiciones se han establecido para beneficio exclusivo de ciertos sectores sociales en detrimento de mayorías. Es tiempo, me parece, de que la Universidad asuma como institución no sólo los productos sino la producción misma. La interdisciplina podrá finalmente operar de manera mucho más orgánica e integral, más allá de las unidades discretas e inconexas, casi monadas leibnizianas, que apenas logran unirse el mercado dominante y son determinadas por éste. Es hora de que la Universidad asuma y produzca poder. Desde luego no en el sentido mezquino de los patidos políticos, sino como organismo de reproducción y alimentación del sistema, la Universidad es y ha sido siempre una instancia política. ¿Cuándo dejaremos de disfrazarlo y estigmatizarlo, para aparentar una neutralidad hipócrita, tan cómoda como que nos relega aparentemente de compromisos que hemos asumido, sin salida posible, por su negación misma? Como institución, la Universidad es a fin de cuentas una inspectora, una justificadora, una recicladora de cierto juego de poderes sobre la calidad de vida: el de la política del tiempo.

Katia Mandoki
profesora adscrita al

Departamento de Síntesis Creativa

